

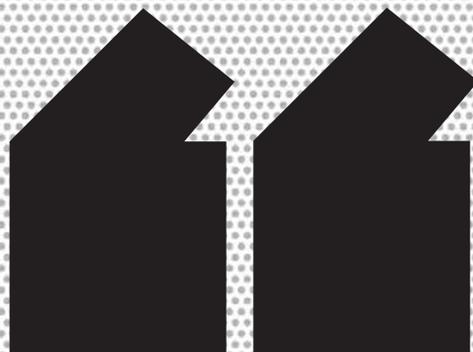
“Albergo más sentimientos de justicia que de odio. El odio no te hace crecer como persona. La justicia, en cambio, sí”

ENTREVISTA A...

ÍÑIGO PASCUAL RAMOS, HIJO DE ÁNGEL PASCUAL MÚGICA



Foto -JNC



●●● Utilizó su carpeta del colegio como escudo para proteger a su padre de la ráfaga de disparos. “¡Basta ya!”, le gritó al terrorista, aunque este no dejó de apretar el gatillo. Una de las balas le alcanzó también a él, en la mano. Los miembros del comando Bizkaia de ETA les habían tendido una emboscada cuando padre e hijo viajaban juntos en su Renault 8 blanco, camino de la parada del autobús escolar. Con el cadáver de su padre en el asiento

contiguo, aún confuso por lo que acababa de ocurrir, un pensamiento se abrió paso en el interior de Íñigo: “Sólo yo puedo darle esta noticia a mi madre”. Herido como estaba, corrió cuanto pudo hasta llegar al domicilio familiar, en el número 30 de la calle Médico Pedro Cortés.

¿Cómo reaccionó su madre al abrirle la puerta?

Tenía tan asumido que lo podían matar, que lo intuyó nada más verme la cara: “¿Qué pasa? Lo han matado, ¿verdad?”, me preguntó.

¿Cómo vivía con la angustia de no volver a ver a su marido?

A partir de las cartas con amenazas y de la muerte de su compañero **José María Ryan**, mi madre llegó a interiorizar la idea. A mi padre también le cambió el comportamiento, estaba más irascible y nervioso. Gritaba por cualquier cosa.

¿Usted se enteró también de esas cartas?

Sí, sé que llegó a recibir tres en total, pero a mí sólo me enseñó la última. Fui el primero y el único que lo supo en casa durante un tiempo. Un día me llamó a su habitación y me dijo: “Te tengo que enseñar una cosa”. Sacó una carta del armario y me la dio a leer. “El próximo vas a ser tú”, decía ETA en aquel texto.

¿Cómo reaccionó?

Me preguntó nada más leerla que qué pensaba al respecto. Yo le dije que dejase el proyecto de la central, pero él me contestó: “Si alguna vez me pasa algo, tú tendrás que sacar adelante a la familia”. Esta frase me ha pesado siempre. Imagínese cómo dormía yo por las noches con 17 años después de oír aquello...

¿Alguna vez manifestó su padre en casa miedo o preocupación?

No lo hacía explícito, pero se notaba que estaba constantemente en tensión. Estaba alterado, nervioso, y eso lo pagamos nosotros, la familia, en casa.

¿No se planteó nunca abandonar el puesto?

No, porque decía que le había costado mucho llegar hasta allí y porque creía profundamente en lo que estaba haciendo. Sí es verdad que la muerte de José María Ryan le afectó bastante. Estuve discutiendo con él todo el verano, pidiéndole que dejase el puesto. Su postura se mantuvo a la vuelta de vacaciones porque pensaba que el infierno que estábamos sufriendo se iba acabar. “Hay un partido político que creo que va a apoyar la construcción de la central”, me dijo un día, refiriéndose al PNV. Es cierto que a partir de entonces, aunque seguíamos con medidas de seguridad, vivíamos un poco más tranquilos...

¿Cómo recuerda los años en los que trabajaba en el proyecto de la central nuclear de Lemóniz?

Desde mis 13 años hasta los 17, en casa vivimos una época muy tensa. Por un

lado, mi padre sufría muchas presiones dentro de la propia empresa. El proyecto de la central nuclear de Lemóniz le costaba a Iberduero 900.000 millones de pesetas de las de entonces. Imagine las consecuencias que tenía para la compañía no ponerla en funcionamiento a tiempo... Los créditos iban venciendo. Pero el primer recuerdo que tengo de ETA en la central fue cuando puso una bomba en una subcontrata de Iberduero. Hirió a varios empleados y acabó con la vida de una persona. Aquello nos dolió muchísimo porque mi padre vivía muy intensamente lo que sucedía en la obra. Y después lo manifestaba dentro de casa.

Luego asesinaron a José María Ryan.

Estaba muy vinculado a nuestra familia y venía a visitarnos millones de veces. Fue durísimo todo. Yo me enteré del secuestro por mi padre, que me lo dijo a mi solo: “No asustes a *ama*, pero han raptado a José Mari”. Nos pasamos toda la noche llorando. Vivió con desasosiego las cartas con amenazas que le enviaron a él, pero lo que fue realmente duro para él fue el secuestro y asesinato de su amigo...

¿Le afectó de alguna manera en su comportamiento?

A partir de la última carta, la más amenazadora de todas, su carácter cambió por completo. Muchísimas veces venía muy irritado a casa. Tenía un carácter muy fuerte y variable. Los que más lo pagábamos éramos la familia.

A pesar de la seguridad que les puso la empresa, ¿se sentían protegidos?

Yo nunca pensé que me podían hacer daño a mí o a mis hermanos. Sabía que iban a por mi padre. Aunque llevase dos escoltas y un revólver, no nos sentíamos seguros en nuestra casa de Bilbao...

“Es respirar el aire de Sartaguda y me curo”, solía decir su padre a los vecinos.

¿Cómo vivía ese clima de paz?

Sartaguda era el lugar donde de verdad estábamos a gusto. Pasábamos ahí todos los fines de semana, vacaciones y fiestas.

Vivíamos en casa de una tía abuela y luego en casa de unos familiares de mi padre. La última ilusión que tenía mi padre era la casa que se había construido para instalarse después de la jubilación. Recuerdo cómo todos los viernes esperábamos con las maletas preparadas en la cocina a que mi padre llegase de trabajar y salir corriendo para Sartaguda. Esos viajes de los viernes los recuerdo fabulosos porque íbamos cantando, charlando. En cambio, los viajes de vuelta a Bilbao... ¡Ay, madre, como te movieses en el coche o alzases la voz! Era tremendamente tenso.

¿Cómo era la relación con su padre?

Teníamos una relación muy cercana porque se desahogaba mucho conmigo pero, a la vez, era muy estricto con los estudios. Al salir del colegio, tenía que coger un autobús que me llevaba hasta Deusto y allí, acudir a la Escuela Oficial de Idiomas. Cuando acababa, tenía que ir al conservatorio de Bilbao. Terminaba el día haciendo los deberes a partir de las 21.30 de la noche. Era extremadamente exigente, sobre todo, conmigo.

¿Cuál es la última imagen o recuerdo que guarda de él?

Una conversación que mantuvimos los dos solos cuando volvíamos desde su trabajo a casa. Me estuvo diciendo lo mucho que nos quería a pesar de lo irritado y nervioso que estaba. Me preguntaba constantemente si yo podía entender eso. Yo fui muy duro y le dije que no. “Espero que no te pase a ti nunca esto”, me dijo.

Aquel 5 de mayo, ¿hubo algún indicio que les hiciese sospechar de la emboscada?

Cuando íbamos dentro del coche, vimos a un hombre leyendo el periódico a las ocho de la mañana en una rotonda. “¡Qué raro!”, exclamó mi padre. Nada más incorporarnos a una calle de una sola dirección, de repente salió un coche para bloquearnos el paso. Del coche se bajaron dos hombres con el rostro descubierto. Nada más verlos, mi padre pegó un grito de terror. Sabía lo

que iban a hacerle, pero todo sucede tan rápido... Y a la vez, lo vives tan lentamente...

¿Y cuando lo llevaron al hospital?

Ahí no sentía nada de dolor, a pesar de haber sido alcanzado por las balas en el brazo. Mi cuerpo era como una sustancia muerta. Y la cabeza, un hervidero en ebullición. Allí me explicaron que, por el ángulo en el que me encontraba dentro del coche, había sido un milagro que no me pasara nada más. Mi única preocupación en aquellos momentos era cumplir la última voluntad de mi padre: hacerme cargo de toda la familia.

¿Hubo algún detalle o gesto que le confortase en esos momentos?

Tuve la suerte de encontrarme con un policía muy profesional que tenía bastante experiencia con asesinatos de ETA y nos traía información. “¡No te preocupes que vamos a coger a los asesinos de tu padre!”, me decía. Justo eso era lo que necesitaba oír en aquellos momentos.

¿Cómo se enteraron sus hermanos?

Mis hermanas **Virginia** y **Cristina** estaban matriculadas en un colegio en San Juan de Luz. Como aquel 5 de mayo cayó en miércoles, al día siguiente me fui a recogerlas en un coche que me puso Iberduero. Recuerdo todo el viaje de vuelta con las dos llorando como unas magdalenas...

¿Tiene algún recuerdo de aquellos días que se le haya quedado especialmente grabado?

La sensación de no dormir, de una angustia terrible. De ver a mi madre arrodillada a los pies de mi cama, llorando... También nos solíamos abrazar todos muchísimo recordando cosas de mi padre.

¿Cómo fue la vuelta al colegio?, ¿se sintió arropado por sus compañeros?

Tanto los alumnos como los profesores me ayudaron un montón. Teníamos la selectividad al mes siguiente, pero no era capaz de concentrarme en nada. Si la aprobé, fue sólo por lo que había estudiado antes. Mi única obsesión era cuidar de mi familia.

¿Hubo alguna respuesta o reacción que no se esperase de alguno de ellos?

En mi clase había un compañero que era familiar de algún miembro de ETA o relacionado con la banda terrorista. Un mes después de todo aquel infierno, me lo encontré en el puente de Deusto de Bilbao, por la noche. Se acercó a saludarme y me dijo: “Íñigo, ya siento que mataran a tu padre, pero tienes que entender que fue un mal necesario...”.

¿Y alguna respuesta que le sorprendiese para bien?

Siempre estaré agradecido a la empresa Iberduero por cómo se comportó con mi familia. La dirección de la compañía adoptó un acuerdo para que mi madre cobrase el dinero igual que si mi padre hubiese vivido. No tuvimos problemas económicos para salir adelante.

¿Cambiaron algún aspecto de su vida a raíz del asesinato?

Vendimos el piso a un hermano de mi madre y nos trasladamos a Madrid. Hubo muchos amigos que nos recibieron con los brazos abiertos. Mi madre pensaba que en Madrid podríamos estudiar todos las carreras y permanecer juntos. Pero, por más amor y cariño que la gente te dé, si tú por dentro no estás en paz contigo mismo, tampoco sirve de mucho... Los tres años que siguieron al asesinato, los tres hermanos sufrimos lo peor de nosotros mismos. Cada uno tuvo su propio trastorno de la personalidad: desórdenes alimenticios, fracasos académicos, ensimismamiento... Lo ocurrido nos creó a todos una personalidad no natural, alterada.

¿Y a su madre?

Ella no tuvo problemas porque estaba demasiado preocupada por nosotros. Gracias a que nos mudamos a Madrid, contó con el apoyo y el cariño de mucha gente, pero tuvo que hacer frente sola a todos los problemas. Aún recuerdo la noche en la que no pegó ojo para asegurarse de que a una de mis hermanas con problemas de anorexia le siguiera latiendo el corazón...

Y en su caso, ¿cómo lo sufrió?

Me metí en un mundo paralelo. Estuve tres años y pico sintiendo cómo la losa de mi padre pesaba demasiado. Tenía que tirar de la familia, pero ni siquiera era capaz de tirar de mí mismo. Era incapaz de hacer nada. Aunque me matriculé en Ingeniería Naval, no toqué los libros, estaba totalmente perdido. Mi padre, al ser tan posesivo, me había estado conduciendo por la vida...

¿Tocó fondo?

Sí, estaba insoportable. Cualquier comentario me lo tomaba como una crítica. Tenía tantos desórdenes en mi vida que, para no hacer sufrir más a mi familia, decidí desaparecer de casa. Ese fue el bache más duro de mi vida. Cogí el primer autobús que salía de Madrid y me llevó hasta Valencia. No tenía dónde ir, así que pasé la primera noche en un portal. Llamé a un amigo misionero para contarle mi situación y me dijo: “Mientras piensas qué hacer con tu vida, vente a echarnos una mano al poblado de Siete Aguas”. Y allí me fui, a hacer agujeros con un martillo neumático. Él se encargó de llamar a mi madre para ponerla al tanto de mi situación. Otra vez, circulando por una carretera de doble sentido en Huesca, fui todo el rato por el carril contrario para chocarme... Quería acabar con mi vida, pero no tenía el valor suficiente para estamparme contra una roca. Tuve la infinita suerte de que durante todo el trayecto no me crucé con ningún coche.

¿Cómo consiguió salir del agujero?

Cuando regresé a vivir a mi casa, mi madre me preguntó qué me parecía que un psicólogo nos ayudase. Accedí sin poner ninguna pega, porque veía que lo necesitaba. Cuando me hicieron el test de Rorschach —una prueba que se emplea para evaluar la personalidad—, el especialista se quedó completamente alucinado: jamás había tratado a nadie que no viese “absolutamente nada” en aquellas manchas. A partir de entonces empecé con el tratamiento y pude rehacer mi vida.

Y de repente ETA vuelve a matar... ¿Cómo vivían esos momentos?

Era como si te metieran de nuevo un puñal dentro de la herida. Por más que el tiempo te vaya reconduciendo y la vida te empiece a dar alegrías, cuando un desgraciado de estos vuelve a matar, te pone en la piel todo lo que viviste durante aquellos momentos. La noche del asesinato de **Miguel Ángel Blanco** fue horrible en casa. Nos pasamos toda la noche llorando. Fue durísimo porque te quedas completamente vacío.

¿Reivindicó alguna vez su condición de víctima?

Cuando viví en Bilbao, acudí a las dobles manifestaciones de Gesto por la Paz. Era impresionante comprobar cómo nadie se movía, a pesar de los gritos, insultos y escupitajos. Soy de los que piensa que ser víctima del terrorismo no es un mérito, sino una auténtica desgracia. Lo que sí que tiene mérito es que no haya habido ninguna víctima de ETA con una actitud reprochable. Si en esos momentos de las dobles concentraciones alguien hubiese dicho “a por ellos”, se hubiese montado una buena...

¿Les ha explicado a sus hijos lo que le sucedió a su abuelo?

Sí, pero jamás les he propuesto yo hablar del tema. Ni lo escondo ni lo oculto, pero no es una tema que saque yo para hablar. Siempre han sido ellos los que me han ido preguntando. No quiero transmitirles odio, así que trato de responderles con la mayor naturalidad posible, para que no les pueda afectar. Lo que viví yo es algo mío y de mi vida, por eso no quiero que esté presente en la de mis hijos.

¿Siguió las investigaciones policiales sobre los asesinatos de su padre?

La forma que tuve de autodefenderme fue no obsesionarme con los asesinatos. Horas después del crimen, cuando la Policía me interrogó, me vacié por completo y les di todos los datos que tenía en la cabeza en esos momentos. A partir de ahí, me centré más en el mandato de mi padre: encargarme de mi familia. ●